

**Magdalena Perkowska**

**Introducción: ¿Narrativas agotadas o recuperables?**

**Relecturas contemporáneas de las ficciones de los sesenta y setenta.**

Hunter College y The Graduate Center, CUNY, EE.UU.

[mperkows@hunter.cuny.edu](mailto:mperkows@hunter.cuny.edu)

La revolución ha quedado a nuestras espaldas;  
su recuerdo es apenas un débil resplandor que nos sobresalta de tanto en tanto  
mientras nuestras preocupaciones se dirigen hacia otros horizontes  
que nada tienen que ver con los antiguos fulgores.

*Ricardo Foster, El laberinto de las voces argentinas*

El *dossier* temático que se presenta en esta edición de *Istmo* propone un retorno crítico a las ficciones de finales de los sesenta y de los setenta, las décadas revolucionarias en Centroamérica que, desde la perspectiva de hoy, parecen pertenecer a otros horizontes ideológicos y políticos. Se trata de reflexionar acerca del lugar que estas novelas ocupan en el campo literario centroamericano hoy en día y las posibilidades de lectura que ofrecen en un contexto diametralmente distinto al que las produjo. La pregunta que abre el *dossier* –“¿Agotadas o recuperables?”– no asume la primera posibilidad, más bien busca estimular una valoración crítica renovadora, es decir, una relectura desde un paradigma crítico y teórico distinto al de la primera recepción (que corresponde a los ochenta y noventa) de estas novelas. La presente introducción provee el contexto para la pregunta que guía el *dossier* en tres movimientos: una descripción del paradigma estético de los sesenta y setenta, una ponderación acerca de la invisibilidad actual de

las ficciones producidas durante esas décadas y una breve presentación de los ensayos que componen el *dossier*.

### **El paradigma estético de los sesenta y setenta**

En el prólogo escrito para la antología *Novísimos narradores hispanoamericanos en marcha*, publicada en 1981 por Marcha Editores (México), Ángel Rama ofrece un diagnóstico cultural sobre la literatura centroamericana que hoy resulta claramente erróneo. Señala primero las tendencias modernizadoras que a finales de la década de los sesenta se desarrollan en literatura argentina (Manuel Puig, Juan José Saer) y mexicana (Salvador Elizondo, José Emilio Pacheco), para constatar enseguida que “[n]o podrían extenderse estas observaciones referidas a Argentina y México, al resto del continente” (489). El ejemplo que comenta para ilustrar “distintos niveles de modernización” que dependen del “estado de las áreas culturales dentro de las cuales emergen” las invenciones literarias particulares, es Centroamérica (489). Para su evaluación Rama se basa en observaciones de Saúl Sosnowski quien, de acuerdo con el crítico uruguayo, “ha apuntado persuasivamente la situación diferente que caracteriza a Centro América [...] apoyándose en textos de Alfonso Chase y Sergio Ramírez que reviven, para los escritores de la región, tareas que ya habían sido trazadas por el regionalismo social de los años cuarenta” (489).

Desde luego, el juicio de Rama se sostiene sobre una concepción bastante divulgada en la década de los ochenta que atribuye el desarrollo tardío de algunas literaturas hispanoamericanas al “desparejo desarrollo” de las distintas zonas del continente pero también a los “desequilibrios culturales [que] se acentúan dentro de las fronteras” nacionales (489), e implica que la trayectoria histórica de estas literaturas ‘menores’ o periféricas debe “forzosamente trazar un camino ya trazado” (Mondragón 23) por las literaturas hispanoamericanas de las áreas más desarrolladas que, a su vez, toman como rector de sus propias producciones la modernización literaria que se

realiza en los centros metropolitanos (Europa y Norteamérica).<sup>1</sup> No sorprende entonces que entre los “novísimos” de Rama los autores centroamericanos constituyan una minoría periférica (además de Chase y Ramírez menciona a Argueta), cuyas contribuciones se presentan de una manera simplificada, como se trasluce de la cita arriba.

Hablo de una “simplificación” porque Rama vincula las novelas de Alfonso Chase y Sergio Ramírez con las tareas “trazadas para el regionalismo de los años cuarenta” (489), mientras que estas se publican en 1968 y 1970 respectivamente,<sup>2</sup> es decir, justo cuando se inicia “un período decisivo de transformaciones fundamentales en las literaturas centroamericanas, en el contexto de los grandes cambios sociales en la región” (Mackenbach, “Después” 289), transformaciones a las que ambos escritores contribuyeron. Me refiero a la actividad escritural, a la vez intensa y renovadora, que se produjo entre finales de los sesenta y la década de los setenta, cuando emergieron (escribieron y/o publicaron sus ficciones) algunos de los autores ahora más destacados de la región: Claribel Alegría, Manlio Argueta, Arturo Arias, Roberto Armijo, Marcos Carías, Lizandro Chávez Alfaro, Alfonso Chase, Roque Dalton, Quince Duncan, Julio Escoto, Marco Antonio Flores, Gloria Guardia, Gerardo César Hurtado, Luis de Lión, Mario Roberto Morales, Carmen Naranjo, Sergio Ramírez, para nombrar solo a los más (re)conocidos por los lectores y la crítica.

Los estudiosos de las literaturas centroamericanas coinciden en que la narrativa de finales de los sesenta y de los setenta rompe con las tendencias novelísticas anteriores, vigentes entre las

---

<sup>1</sup> Varios estudiosos de la literatura centroamericana suscribieron esta tesis de la evolución dispareja. Consúltese, por ejemplo, Ramón Luis Acevedo, *La novela* (publicado en 1982, un año después de *Novísimos narradores*), y Kathryn Eileen Kelly, “La nueva” (1991). Para una temprana problematización de esta concepción de los procesos literarios, véase Mondragón y, más tarde, Mackenbach (“Después”).

<sup>2</sup> Rama no menciona ningún título centroamericano concreto, pero en toda esta sección del ensayo se refiere a la producción ficcional de la segunda mitad de los sesenta (los títulos de Saer, Puig, Pacheco y Elizondo ofrecen pautas cronológicas) de lo cual se puede inferir que se trata de *Los juegos furtivos* (1968) y *Tiempo de fulgor* (1970). El problema es que la descripción que ofrece –el supuesto vínculo de esta escritura con el regionalismo de los años cuarenta– difícilmente se compagina con los títulos aludidos: ambas novelas son profundamente líricas y ofrecen ya algunas innovaciones narrativas. Por otra parte, cabe reconocer que también Magda Zavala señala en su investigación dedicada a las novelas centroamericanas publicadas entre 1970 y 1985, que muchas obras todavía “obedecen a las tradiciones del género de principio de siglo” (381).

décadas de los veinte y los cincuenta y que con ella se inicia una profunda transformación del campo literario y cultural centroamericano. A modo de ejemplo, Arturo Arias afirma que

[e]l nivel de búsqueda formal que adquirió la narrativa en este período fue extremadamente alto. [...] Los escritores de estos años se libraron de la dictadura de la mimesis y convirtieron la novela en un campo de juegos verbales para visualizar sistemas de representaciones situados más allá de los modos racionalistas de percibir la identidad. (*Gestos* 54).

En otro lugar Arias pondera también los efectos de esta transformación estética sobre los hábitos de lectura:

Del consumo pasivo del discurso realista, se ha pasado a una metamorfosis activa por parte del lector, obtenida por medio del desplazamiento constante del lenguaje y sus estructuras, que nos obliga constantemente a transformar nuestras estructuras mentales en el proceso del trabajo de redefinición de los discursos literarios. [...] ya no se trata de traducir la experiencia a través del lenguaje, sino de vivir el lenguaje, a través de la destrucción de las representaciones convencionales de la realidad. No se trata de encontrarle un sentido único a la realidad, como antes, sino de explorar las múltiples posibilidades desde donde el sentido es posible. (“Nueva narrativa” 10-11).

El cambio de paradigma estético que se evidencia en los comentarios críticos citados va a la par con “un salto cuantitativo [...] de notabilísimas proporciones” (Acevedo, “Orígenes” 118), confluencia de calidad y cantidad que permite hablar de un “‘mini-boom’ de la narrativa centroamericana” (Arias, *Gestos* 54) o, incluso, de un *boom* centroamericano (ver Kelly 5).<sup>3</sup>

Ahora bien, ninguna apreciación de la producción literaria de aquellas dos décadas puede detenerse en sus aspectos formales, ignorando el contexto político y social del que surge y al que responde: “the impact of the boom in the 1960s and early 1970s coincided with a structural crisis of the regional political and economic system with very pronounced radicalizing effects”

---

<sup>3</sup> Desde luego, toda referencia al *boom* latinoamericano de los años sesenta implica indirectamente un “camino ya trazado” y una lectura de la evolución de las literaturas centroamericanas desde los “modelos de explicación desarrollados en el análisis de líneas generales de ‘la’ literatura hispanoamericana” (Mackenbach, “Después” 291).

(Beverley y Zimmerman 21). Por un lado, sobreviene la crisis de los sistemas político-económicos centroamericanos basados en estructuras políticas oligárquicas y la producción económica agroexportadora que imposibilitaban un desarrollo equilibrado y requerían, por lo mismo, un constante respaldo de los aparatos represivos del Estado que estaban a su servicio (ver Leyva 5-8 y 25-55; Beverley y Zimmerman 21-25). Por el otro, tiene lugar la radicalización política que después del triunfo cubano fomentó los idearios utópicos revolucionarios entre los jóvenes de la clase media. Surgen los primeros grupos guerrilleros en la década de los sesenta; paulatinamente se intensifica la participación de las clases populares (obreros y campesinos) en las organizaciones y luchas sociales, lo que conduce, en la década de los setenta, a la convergencia de ambos movimientos, el uno armado y el otro político, en la misma lucha revolucionaria antiimperialista por la liberación nacional y anticapitalista (anti-oligárquica) por los principios de justicia distributiva e igualdad. Como consecuencia de esta unificación, las insurgencias guerrilleras del comienzo se transforman en “guerras de grandes proporciones en las que se vieron implicadas las naciones enteras” (Leyva 8; 5-8 y 25-55; ver Torres-Rivas, *Crisis* 71-112). En esta situación se produce “un particular encuentro entre la historia social y la historia literaria” (Ortiz Wallner 55) porque, como señala Ramón Luis Acevedo resumiendo paradigmáticamente la opinión de los estudiosos de las literaturas centroamericanas, los escritores “conjuga[n] la preocupación política y social con innovaciones técnicas que permiten proyectar una visión renovada de la realidad nacional” (“Orígenes” 123). El drama de la escritura, en palabras de Arias (*Gestos* 54), deviene el correlato literario de las luchas en el campo social y político, y el discurso ficcional se constituye como una plataforma crítica para cuestionar la realidad social imperante y promover un imaginario revolucionario de corte antiimperialista y nacionalista<sup>4</sup>.

Estas aseveraciones generales acerca de la novela del periodo reseñado piden algunas matizaciones. Primero, ningún proceso cultural es homogéneo y uniforme y tampoco lo fue la

---

<sup>4</sup> Sobre esta correlación entre literatura y procesos revolucionarios, véase, por ejemplo: Acevedo (“Orígenes” 115-119); Arias (*Gestos* 20-22 y 35-39, 51-54); Beverley y Zimmerman; Leyva (1-24 y 70-96); Mackenbach (“Entre”) y Ortiz Wallner (17, 50, 55).

producción ficcional de las décadas de los sesenta y setenta. Si bien la tendencia dominante fue la de experimentación e innovación literaria, también se publicaron, sobre todo durante los sesenta, novelas tradicionales, de corte realista o incluso costumbrista, que “obedec[ían] a las tradiciones del género de principio de siglo” (Zavala 381; ver Leyva 66; Craft 37). Las referencias a las técnicas experimentales, los modelos narrativos nuevos y la exploración del lenguaje mismo no son igualmente aplicables a la totalidad de la novela centroamericana publicada entre 1960 y 1980, aunque sí señalan su más radical transformación (ver Acevedo, “Orígenes” 119). Del mismo modo, la homologación de la narrativa ficcional de los sesenta y setenta con el horizonte revolucionario resultaría excluyente, porque no toda la producción literaria de ese periodo tenía que ver con las utopías revolucionarias ni siempre constituía un medio para movilizar una conciencia popular-nacional.

En primer lugar, el contexto trazado arriba tiene particular referencia a los procesos sociales y políticos que se desarrollaron en Guatemala, Nicaragua y El Salvador y no explica las particularidades de las situaciones que se dieron en Costa Rica, Honduras y Panamá<sup>5</sup> donde, por lo tanto, las “letras de emergencia” (Craft 36) no constituyeron una corriente primaria. Los escritores de estos países producen obras que configuran las interpelaciones ideológicas contradictorias de las élites, como sucede en *El último juego* de la panameña Gloria Guardia (1976); “revelan, en el cruce caótico de hablas, la dinámica y los entramados ideológicos de amplios conglomerados urbanos como en *Diario de una multitud* (1974) de la costarricense

---

<sup>5</sup> En una nota al pie colocada al principio de *Crisis del poder*, Edelberto Torres-Rivas señala el carácter distinto de los procesos político-económicos dentro del conjunto regional (sin incluir a Panamá): “El análisis que se hace a continuación tiene particular referencia a Nicaragua, El Salvador y Guatemala. La crisis que asfixia a Costa Rica es de carácter económico-fiscal, por lo pronto, aunque pudiera derivar en consecuencias políticas. En Honduras la situación es particularmente distinta al resto de la región; el difícil equilibrio de una reciente democracia electoral, amenazada por todos lados, nos autoriza a dejarla, por de pronto, de lado.” (7, n1). También Héctor Leyva, cuya investigación sobre la novela de la revolución se centra en Guatemala, Nicaragua y El Salvador, particulariza brevemente las condiciones y procesos sociales en los demás países y sugiere que los estallidos de violencia que se produjeron en Honduras y Panamá no llegaron a transformarse en procesos revolucionarios porque “tempranamente en estos dos países se produjeron golpes de Estado encabezados por militares reformistas: por el Coronel Oscar Torrijos en Panamá en 1968 y por el Coronel Oswaldo López Arellano en Honduras en 1972” (38). En Panamá, el 9 de enero de 1964 (Día de los Mártires) se produjo una insurrección popular en contra de la presencia norteamericana en el Canal, evento que contribuyó a que en la década siguiente se abrieran negociaciones para un nuevo tratado firmado por Torrijos y Carter en 1977. Este suceso así como un clima social tenso en el momento de negociaciones fueron ficcionalizados por Gloria Guardia en *El último juego* (1976). Ver también Craft (36).

Carmen Naranjo o *Una función con móviles y tentetiesos* del hondureño Marcos Carías (1980)” (Leyva 68); o abren con sus obras el debate interétnico e intercultural que retará los discursos homogeneizadores sobre la cultura nacional y las representaciones hegemónicas de la otredad cultural, como se observa en la producción del costarricense Quince Duncan. De una manera mucho más radical esta desarticulación de la visión mestiza-nacional se plasma en una novela guatemalteca, *El tiempo principia en Xibalbá* del escritor maya kaqchikel Luis de Lión (escrita entre 1970 y 1972, publicada en 1985), en la que “la plena y orgullosa asunción de la identidad étnica” se conjuga “con una exploración rabiosa y crítica de su comunidad” (Liano 303) y con una exploración intensa de la enunciación polifónica. Una novela revolucionaria desde el punto de vista formal y cultural, pero sin conexión ideológica explícita con los proyectos revolucionarios de aquel momento.

En segundo lugar, hay que tomar en cuenta que la intersección entre los procesos históricos, el campo cultural centroamericano y las exploraciones formales diversificó la producción literaria, lo que se tradujo en una mayor variedad de géneros y discursos ficcionales. Héctor Leyva afirma que si bien los textos sobre los procesos revolucionarios fue una de las corrientes más significativas de aquel periodo (ver 69), este conjunto temático de ficciones coincidió con “otras novelas que surgieron vinculadas con nuevas tendencias del clima intelectual y político, y que actualizaron sus propuestas narrativas con respecto a las corrientes literarias internacionales” (67). En todos los países de la región se publicaron entonces novelas de crítica social, psicológicas, existencialistas, filosóficas, de lenguaje, históricas, eróticas, humorísticas y, desde luego, novelas testimoniales (ver Leyva 66-68; Vargas Vargas 118).<sup>6</sup> El salto cualitativo y cuantitativo al que me he referido arriba fue también una apuesta por una diversificación discursiva, genérica y narrativa, cuyo legado perdura hasta hoy.

---

<sup>6</sup> A pesar de esta diversidad genérica que señalan Leyva y Vargas Vargas, algunos estudiosos de las literaturas centroamericanas de aquellas décadas realizan una suerte de homologación entre la narrativa ficcional y testimonial, a menudo a través de categorías híbridas como novela o narrativa testimonial, operación que señala la hegemonía del testimonio en el discurso crítico de los noventa. Beverley y Zimmerman, por ejemplo, subsumen numerosas novelas escritas entre los sesenta y los setenta, incluso las más experimentales, en la categoría de narrativa testimonial (capítulo 7, “Testimonial Narrative”, 172-211), mientras que Linda Craft incluye entre “novels of testimony” *Cenizas de Izalco* de Claribel Alegria y *La mujer habitada* de Gioconda Belli.

Estas matizaciones no obstante, no se puede negar que la percepción prevaleciente de la producción literaria centroamericana de las décadas de los sesenta y setenta se constituyó sobre la asociación de la producción ficcional con los procesos revolucionarios, como lo evidencia una apreciación reciente de Alexandra Ortiz Wallner:

Durante las décadas de los 1960, 1970 y hasta inicios de los años ochenta primó en Centroamérica – como en todo América Latina– la concepción y la definición de la literatura como arma ideológica de descolonización o como instrumento de cuestionamiento de la realidad social.” (50).

Una de las razones de esta “condensación” interpretativa es la significación histórica y política de los procesos revolucionarios que constituyen un hito en la historia del Istmo, comparable quizá con la independencia, o incluso más importante y original en su búsqueda de soluciones y respuestas propias a la colonialidad del poder y la amenaza neocolonial. Se trataba de transformar las realidades y relaciones sociales nacionales, pero también las regionales y, a través de un utópico nuevo orden continental, incluso las mundiales. Otra razón es el vínculo histórico-político estrecho –una suerte de relación sinecdótica– entre los países de la región en su conjunto. Por eso, si bien la insurgencia revolucionaria y los conflictos armados “ocurrieron en sentido estricto solamente en Nicaragua, Guatemala y El Salvador[,] [...] sus consecuencias afectaron toda la región” (Leyva 18), es decir, fueron transistmicas. Y lo mismo se puede decir de la producción literaria que acompañó los procesos revolucionarios y antiimperialistas de liberación nacional:

Las coincidencias literarias se manifiestan [...] por encima de las fronteras nacionales. La narrativa de la revolución se produjo en mayor cantidad ahí donde ocurrieron los procesos revolucionarios pero se produjo también en el resto de los países centroamericanos. (Leyva 18).

Cabe recalcar que, a pesar de la polarización política de las sociedades centroamericanas durante las décadas de los sesenta y setenta, el contexto histórico y político de la Guerra Fría y el carácter ideológico de la escritura que surge de estas condiciones y acompaña los procesos que



ellas desencadenan, las ficciones centroamericanas de ese periodo no son novelas de tesis que a través de un discurso monológico busquen reducir la polivalencia textual y afirmar un sentido único, para demostrar la validez de una doctrina política, filosófica o religiosa.<sup>7</sup> Al contrario, la intersección de preocupaciones de orden social, político, cultural e intelectual con técnicas experimentales produce ficciones imaginativas, abiertas “a las múltiples posibilidades desde donde el sentido es posible” (Arias, “Nueva narrativa” 11), dialógicas y cuestionadoras, que construyen una visión compleja y ambigua de la realidad, del revolucionario, del intelectual, del lenguaje e, incluso, de la literatura misma. Numerosas novelas de los años sesenta y setenta son doblemente revolucionarias, porque representan o configuran estéticamente procesos políticos revolucionarios y porque revolucionan la estética (el discurso literario) y los hábitos de lectura, señalando así significados alternativos de lo posible social.<sup>8</sup>

### **La invisibilidad actual de las ficciones de aquel entonces: el mercado, una ruptura de continuidad y un nuevo paradigma estético**

He trazado este largo recorrido por el paradigma ficcional de los sesenta y setenta para llegar a la pregunta que ha ocasionado la convocatoria para este *dossier* de la revista: dado el carácter experimental y vanguardista de muchas de las novelas del periodo y su vínculo con uno de los procesos políticos más relevantes de la historia de la región, ¿cómo explicar su (relativa) invisibilidad actual, cuando ha pasado el fulgor de las revoluciones? Me refiero aquí a la invisibilidad en el mercado (distribución y circulación) y, por consiguiente, entre los lectores, pero también en el discurso crítico actual (la mayoría de investigaciones sobre las ficciones de los sesenta y setenta se realizó en la década de los noventa<sup>9</sup>). ¿Será que son novelas obsoletas, textos

---

<sup>7</sup> Sobre la novela de tesis como “ficción autoritaria”, ver el estudio de Susan Rubin Suleiman (1-23).

<sup>8</sup> “The aesthetic [...] which in situations of bourgeois normality has a generally affirmative and apolitical character, can function in peripheral social formations to define and stimulate discontent with the status quo and to provide alternative senses of social possibility.” (Beverley y Zimmerman 9).

<sup>9</sup> Véase: Acevedo (1990); Arias (1990 y 1998); Beverley y Zimmerman (1990); Craft (1997); Cuevas (1995); Huezco Mixco (1996); Kelly (1991); Lara Martínez (1999); Leyva Carías (1995); Liano (1996; capítulos XVI-XIX), Mondragón (1993); Zavala (1990). Para un abordaje más reciente, consúltese el ensayo de José Ángel Vargas

del pasado que se quedaron en el pasado, encerrados en el contexto polarizado del momento de su creación, supeditados al marco nacional, incapaces de “permanecer presentes en el futuro” (Groys s.p.)?

Una pregunta parecida se hace Bruno Bosteels en su libro más reciente, *Marx and Freud in Latin America: Politics, Psychoanalysis, and Religion in Times of Terror* (2012), cuando indaga sobre el lugar del marxismo en el discurso cultural, político y filosófico de hoy y observa:

The least that may be said today about Marxism is that, without attenuating prefixes such as “post” and “neo,” its mere mention has become an unmistakable sign of obsolescence. [...] nobody seems any longer to be referring to Marxism as a vital doctrine of political intervention. Rather, in the eyes of the not-so-silent majority, Marx and Marxism have become things of the past. (1).

En una imagen llamativa, Bosteels visualiza el destino de los viejos manuales del materialismo histórico y dialéctico, condenados a recoger polvo en librerías de viejo. Se trata, sin embargo, de una provocación intelectual porque veintidós páginas más tarde el autor explica que su proyecto busca “to reassess the untimely relevance of certain aspects of the work of Marx [...] and Freud [...] in and for Latin America” (23), “to reactivate their silent and still untapped resources for the sake of a critique of the present” (22). Menciono el estudio de Bosteels porque ha activado mis preguntas sobre las ficciones centroamericanas de los 1960 y 1970. ¿Pertenece al pasado o tienen todavía una vitalidad para el lector de hoy? ¿Es posible releer hoy estas novelas desde el contexto político y cultural del presente y desde nuevos horizontes teóricos, superando el determinismo del contexto político-histórico de su gestación, para buscar nuevos sentidos? ¿Contienen estas novelas recursos críticos que hasta ahora han permanecido invisibles y que se pueden reactivar para la crítica del presente? ¿Cómo leer hoy las novelas críticas (o disidentes) de los procesos revolucionarios (*Los compañeros* de Marco Antonio Flores, por ejemplo)? ¿Cómo interpretar desde el presente la figuración del sujeto crítico

---

Vargas, que se limita, no obstante, a discutir la superación del regionalismo, la novela como práctica discursiva y la conciencia escritural (“un desplazamiento de la realidad a la escritura”, 118).

(revolucionario/intelectual) de aquel entonces? ¿Es posible leer este *corpus* desde una perspectiva más transcultural o transistmica, tal como Ana Patricia Rodríguez define este último concepto en *Dividing the Isthmus* (2009), o permanece irremediamente anclado en el nacionalismo literario del contexto original? La experimentación formal que distingue estas novelas, ¿señala solamente un cambio de paradigma estético o es una exploración de la escritura como una forma de hacer política en términos propuestos por Jacques Rancière? La estética que proponían estas novelas, ¿tiene alguna actualidad en nuestra época signada por los nuevos realismos, las tendencias globalizadoras del mercado y el lenguaje de la industria cultural? En los párrafos que siguen intento trazar algunas razones de la invisibilidad actual de las ficciones de los sesenta y setenta, mientras que los ensayos del *dossier* reactivan estos textos y ofrecen algunas respuestas a las preguntas que aquí se han formulado.

Arturo Arias señala en el ensayo incluido en este *dossier* que una de las causas de la invisibilidad de la producción centroamericana de las décadas de los sesenta y setenta tiene que ver con “la naturaleza de la globalización en relación con la industria del libro” (“¿De veras agotadas?” s.p.). Con esto Arias se refiere a las políticas de las grandes editoriales metropolitanas que, por un lado, prefieren reeditar las obras de los autores-estrellas del *boom*, como Julio Cortázar (en el quincuagésimo aniversario de la publicación de *Rayuela*) o Gabriel García Márquez (con motivo de su muerte); y, por el otro, dan preferencia a textos que suprimen posicionamientos identitarios y se adaptan a la exigencia de “brevedad y falta de innovación estilística”, más acorde con la noción de lectura-consumo que con la de lectura-producción. Arias concluye que

[e]l modelo de producción-circulación-consumo del libro del *mini-boom* dejó de ser sostenible cuando colapsaron las editoriales universitarias y estatales, y fueron sustituidas por algunas pocas editoriales privadas con escasos recursos operando prácticamente como microempresas, o bien por grandes complejos multinacionales como Santillana [...].<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> Suscribo la opinión de Werner Mackenbach, quien considera (en un texto anterior) que el planteamiento que hace Arias acerca del regreso a las formas sencillas y convencionales de narrar para satisfacer las políticas consumistas del mercado del libro no se debe aplicar de manera general a las literaturas centroamericanas de las últimas décadas:

Las políticas actuales del mercado global del libro son, desde luego, un factor fundamental para abordar la invisibilidad de las novelas del *mini-boom* en las librerías fuera de los países particulares y de la región. Ahora, la mención de autores como Cortázar y García Márquez hace retroceder al pasado y preguntar también por qué las novelas de estos autores fueron rápida y exitosamente aceptadas por el mercado global en el mismo momento en que los textos de los autores centroamericanos solo podían circular localmente y gracias a las editoriales locales (universitarias o estatales). “¿De verdad es tan abismal la diferencia entre una *Rayuela* y un *Pobrecito poeta que era yo...*?”, se pregunta Arias. Creo que sí, aunque se trata más bien de la diferencia entre Cortázar (o García Márquez) y Roque Dalton, la que, a su vez, puede aclarar el trato distinto de sus novelas por las editoriales metropolitanas. Es bien conocida la inclinación izquierdista de ambos autores del *boom*, pero tampoco cabe duda de que Cortázar y García Márquez no eran intelectuales revolucionarios, sino más bien simpatizantes o “fellow travelers”, (Beverley y Zimmerman 7), como el personaje-narrador de “Apocalipsis de Solentiname” que visita clandestinamente la comunidad fundada por Ernesto Cardenal, saca algunas fotos y regresa a la comodidad y tranquilidad de su rutina parisina. Su simpatía por las revoluciones latinoamericanas (Cuba, Chile, Nicaragua) dista considerablemente del posicionamiento ideológico radical de los intelectuales revolucionarios, militantes, algunos de los que eran también cuadros en las organizaciones guerrilleras, como Dalton (o René Otto Castillo, Leonel Rugama), y para quienes la literatura no representaba un espacio para expresar una simpatía política, sino que era una práctica ideológica, una plataforma para “activate, mobilize, and maintain revolutionary consciousness” (Beverley y Zimmerman 9). No cabe duda de que el modelo global de (re)edición-circulación-consumo puede absorber con facilidad a los simpatizantes, que incluso pueden estar de moda entre las capas liberales y también simpatizantes

---

“Por el contrario [de lo que asevera Arias], las literaturas centroamericanas contemporáneas se destacan por una gran variedad de formas y estrategias narrativas. Elementos de una literatura *light* y de la literatura trivial y cursi coexisten con formas de la literatura testimonial, construcciones intertextuales altamente artificiales y también procedimientos experimentales, metatextuales y metaficcionales. (“Después” 292). Se podría añadir que la extensión de una obra literaria no debería ser un criterio de su valoración crítica.

de los lectores metropolitanos, pero es más difícil que acepte voces radicales que no negocian su compromiso y que consideran la escritura como un espacio para promover –aunque se trate de textos experimentales y abiertos, como se ha señalado arriba– un imaginario revolucionario y antiimperialista.<sup>11</sup> Y si esta negación del compromiso radical pudo haber sido un factor para la política editorial en la década de los setenta, cuánto más no lo sería ahora, cuando la gestión neoliberal logró implantar el modelo político y cultural de consenso.

El sociólogo francés Jean-Pierre Le Goff indica en su investigación sobre el Mayo de 1968 una ruptura de continuidad entre generaciones que proviene del hecho de que las experiencias de los jóvenes y las de sus padres son mutuamente inconmensurables porque, según comenta Beatriz Sarlo, “los jóvenes pertenecen a una dimensión del presente donde los saberes y las creencias de sus padres se revelan inútiles” (36). Afirma Le Goff: “El pasado y la experiencia de los viejos ya no sirven como referencia para orientarse en el mundo moderno e iluminar el futuro de las jóvenes generaciones” (cit. en Sarlo 35). Recorro a estas citas que remiten a otros espacios geopolíticos (Francia de 1968, Argentina durante la dictadura militar) porque una ruptura análoga de continuidad de experiencia se ha producido, me parece, entre las décadas de los sesenta y setenta y el momento actual en Centroamérica.

Esas décadas de insurrecciones revolucionarias, revoluciones y conflictos armados eran un momento de una fuerte polarización social, de posiciones y decisiones ideológicas firmes, del compromiso que muchas veces exigía el precio más alto y la disposición de pagarlo. Era el “tiempo de la igualdad” (Rancière, *El tiempo*), cuando estallaron los antagonismos sociales de larga duración y se reclamó “el bien común [para sustraerlo] al monopolio de los que pretenden encarnarlo” (Rancière, *El tiempo* 248; ver “Dix thèses” 229); el tiempo de desacuerdo y litigio que para Rancière (ver “Dix thèses”) y Žižek (ver “Carl Schmitt” 29) constituyen lo propiamente

---

<sup>11</sup> Además, valdría la pena preguntarse no solo por la diferencia entre Cortázar y Dalton, sino también por la diferencia entre Cortázar y, por ejemplo, Haraldo Conti, un escritor argentino desaparecido por la dictadura, cuya novela *Mascaró, el cazador americano* (1975) tampoco circula (se re-edita y distribuye) en los espacios metropolitanos. No me parece que el modelo “centro metropolitano-periferia avanzada-periferia de la periferia” que emplea Arias permita responder a todas las preguntas sobre la (no)circulación actual de las ficciones revolucionarias de los sesenta y setenta.

político. Era el momento cuando la intervención política, es decir, “the art of the *impossible*”, que cambia “the very parameters of what is considered ‘possible’ in the existing constellation” (Žižek, *The Ticklish* 199), parecía realizable y por eso, era también un tiempo de fe y optimismo utópicos. A la vez, era un proceso nacional (guatemalteco, nicaragüense, salvadoreño) y regional (centroamericano), de parámetros locales muy marcados, aunque sus consecuencias y efectos podrían ser continentales y transregionales.

Poco o nada queda de aquel “tiempo de la igualdad” en el momento actual, cuando terminaron “las revoluciones sin cambios revolucionarios” (Torres-Rivas). El sujeto centroamericano de ahora está interpelado por una ideología global y *post-política*, cuyas principales características son la eliminación del disenso y una política conciliadora realizada mediante la colaboración, el compromiso y la negociación entre especialistas, políticos y tecnócratas (ver Rancière, “Dix thèses”; Žižek, *The Ticklish* 198).<sup>12</sup> En la realidad social y política actual de los países centroamericanos (y la mayoría de los latinoamericanos, en general), el capitalismo neoliberal se presenta como la única opción económica e histórica (“consagrado en la era de la globalización como la estación final de la historia”, observa Ricardo Foster; 113) y la democracia parlamentaria se eleva al rango del ideal político, señalando la condición post-política de consenso y negociación que ha eliminado el desacuerdo y la confrontación ideológicos.<sup>13</sup> La implementación en todos los países del Istmo de políticas neoliberales que aceptan el mercado capitalista global y el estado liberal como fundamentos de la organización social, ha creado nuevas formas de precariedad, exclusión e invisibilización, que incrementan la desilusión

---

<sup>12</sup> “In post-politics, the conflict of global ideological visions embodied in different parties which compete for power is replaced by the collaboration of enlightened technocrats and liberal multiculturalists; via the process of negotiation of interests, a compromise is reached in the guise of a more or less universal consensus. Post-politics thus emphasizes the need to leave old ideological visions behind and confront new issues armed with the necessary expert knowledge and free deliberation that takes people’s concrete needs and demands into account.” (Žižek, *The Ticklish* 198). Ver también el ensayo de Rafael Lemus en este *dossier*.

<sup>13</sup> Al escribir sobre la anulación de la política por el consenso, soy consciente de que el consenso es una práctica actual de lo político, pero también un efecto del discurso oficial y los medios masivos que lo promueven. La reacción popular a algunos eventos de la historia reciente de la región centroamericana, por ejemplo, el golpe en Honduras en junio de 2009, demuestra que el disenso y la toma de la palabra (que, según Rancière, constituyen la política) perviven en la sociedad actual, pero son hábilmente opacados o degradados (como fundamentalismos o comportamientos antisociales) por la nueva hegemonía del discurso post-político.

posrevolucionaria y fomentan nuevas formas de violencia.<sup>14</sup> De acuerdo con la narradora de la novela *Dios tenía miedo* de Vanessa Núñez Handal (2011), la sociedad de posguerra es una imagen grotesca, por no decir invertida, de aquella sociedad utópica soñada en “el tiempo de la igualdad”:

Para nosotros [los hijos de la clase media salvadoreña] lo raro vino después. Cuando llegó la paz y aparecieron las maras, los asesinatos por venganza, los secuestros, los desmovilizados, las manifestaciones de los desfalcados por los bancos, las purgas entre la oligarquía, los exguerrilleros fungiendo como diputados, como alcaldes, como policías o como columnistas en los periódicos. (117).

Por eso es posible hablar de una ruptura en la continuidad de experiencia, de saberes y creencias que no solo son distintos, sino inconmensurables. Refiriéndose en términos generales a las décadas revolucionarias latinoamericanas Claudia Gilman sostiene que constituyen “una época con un espesor histórico propio” (36), mientras que Ricardo Foster, discutiendo en principio la situación argentina, señala que para muchos la revolución es un fantasma, una pieza de museo, un arcaísmo puro, cuando no “el recuerdo de lo monstruoso que amenaza con desgarrar la bucólica existencia de la sociedad del consenso y la resignación” (118). Rafael Lemus, en el ensayo que figura en este *dossier*, comenta otras estrategias de distanciarse de o negar el radicalismo revolucionario del pasado, estrategias que diagnostican ese radicalismo como inmadurez o error. Concluye con ironía:

De uno u otro modo, ya sea que se considere esa “época” un periodo de inmadurez o simple y llanamente una equivocación, la conclusión es la misma: se superó la adolescencia, se reparó el error y, el *espíritu* radical de los años sesenta y setenta está definitivamente muerto.

---

<sup>14</sup> Escribiendo sobre la Argentina post-dictatorial, Ricardo Foster delinea una situación que muestra numerosas analogías con la reestructuración neoliberal centroamericana: “Quedó vacante el espíritu revolucionario, se descuartizó el cuerpo de la justicia para dejar abierta la consagración del capitalismo que, en su hora triunfal, pudo incluso despojarse de sus vestimentas bienestarristas, de sus desvíos estatistas y hasta populistas para regresar a su transparencia originaria sostenida en el dominio absoluto de las leyes del mercado.” (114).

Este es el contexto social y político actual para la lectura de las novelas de aquella “época”.

La nueva configuración social, económica y política contribuyó a la conformación de un nuevo paradigma cultural. Por un lado, entran en juego las exigencias de la industria global del libro señaladas por Arias y el nuevo sistema de publicación-circulación, inscrito en las políticas globales de los sellos transnacionales. Por el otro, el final negociado de las “revoluciones sin cambios revolucionarios”; el fin de la política entendida como intervención transformadora, disenso, antagonismo y el “arte de lo imposible”; la implantación de las políticas neoliberales en toda la región; y el distanciamiento crítico con respecto a los procesos revolucionarios (inmadurez, error, época, otra conciencia), han ocasionado un cambio de paradigma estético que emergió a finales de los ochenta y principios de los noventa, para pronto afirmarse como la tendencia dominante. Afirma Werner Mackenbach:

Con el fin del proyecto sandinista y de los movimientos revolucionarios pierde también el discurso de la literatura [...] su esfera de dominio: el poeta-guerrillero se convierte en una figura obsoleta y llegamos a vivir el final de una ficción, la ficción de la simbiosis entre literatura y política. (“Entre” s.p.).

Nada queda del horizonte utópico, del tono optimista y radicalmente cuestionador, de la literatura entendida como articulación simbólica del compromiso político, del discurso emancipador nacionalista (la representación o configuración de proyectos de identidad nacionales), y de la función histórica del intelectual (letrado) como “traductor y mediador en la búsqueda de una totalidad que representara a América Latina (y Centroamérica)” (Ortiz Wallner 58). La nueva producción es marcadamente pesimista, signada por el desencanto de la posguerra, la preocupación ante las nuevas y múltiples formas de violencia, la inseguridad económica y la consiguiente necesidad de migraciones locales y transnacionales; se trata de un conjunto discursivo heterogéneo en el que “[s]e [...] articula un espacio múltiple, fragmentario, ambiguo y contradictorio desde el cual la literatura presenta y representa, pero sobre todo construye un conocimiento sobre las tensiones del sujeto centroamericano de finales del siglo XX” (Ortiz Wallner 35) y principios del XXI. La articulación anterior de los proyectos emancipadores



nacionalistas cede a la interrogación y desarticulación de los discursos estatales-nacionales, lo que conlleva el cuestionamiento de la función tradicional del intelectual letrado como fundador y articulador de la epistemología cultural de la nación.

Ni la nueva configuración social-política, ni el nuevo paradigma cultural, ni las políticas editoriales del sistema-mundo, favorecen la visibilidad (re-edición y circulación) y una recepción generalmente positiva de las novelas de los 1960 y 1970. La pregunta que abría la convocatoria para este *dossier* quería ser provocadora, pero también incluía la convicción de que, a pesar de su “otredad”, las ficciones de las décadas revolucionarias no han perdido por completo su vitalidad y que es posible reactivar “their silent and still untapped resources for the sake of a critique of the present” (Bosteels 22), porque su legado no se ha agotado con el fracaso de las utopías revolucionarias históricas. Así lo observa y afirma Arias en su ensayo:

Este fenómeno [las guerras civiles] produjo un estallido cognitivo, articulando lo que Mabel Moraña llamó “la recuperación de lo político”[...] Contribuyó a su vez a generar un estallido de creatividad por parte de sus escritores. Marcó la producción del conocimiento centroamericano. Evidenció discursos y formas retóricas que bajo condiciones globalizadas revelan ahora tanto la continuidad como la fragmentación de los imaginarios sociales centroamericanos. *Los ecos de esta discursividad pueden ser escuchados tan solo si le prestamos atención a lo escrito entre 1960 y 1990*, el período de lucha guerrillera, ilusiones revolucionarias y mayor inestabilidad política. (El énfasis es añadido, M.P.)

Así lo afirman también las relecturas que proponen los ensayos incluidos en este *dossier*.

### **Las relecturas actuales de las ficciones de los sesenta y setenta**

Los nueve ensayos que aquí se presentan abarcan los quince años fundamentales para el desarrollo del campo literario centroamericano: desde la publicación en 1966 de *Cenizas de Izalco*, de Claribel Alegría y Darwin J. Flakoll, considerada la primera nueva novela de la región, hasta la publicación en 1980 de *Un día en la vida*, de Manlio Argueta, novela (testimonial) que

figura en todas las investigaciones sobre la narrativa (tanto la ficcional como la testimonial) revolucionaria. Aunque inevitablemente se trata de apenas una muestra de la producción literaria de los sesenta y setenta, los ensayos examinan novelas escritas en Costa Rica, Guatemala, El Salvador y Nicaragua, explorando y releendo procesos literarios tanto de los países directamente afectados por las insurrecciones revolucionarias y conflictos armados, como de los que lograron evitarlos pero fueron afectados por el curso de los eventos sociales e históricos vecinos. El orden de los artículos sigue (sin ser absolutamente riguroso) la cronología de la publicación o de la escritura (en el caso de Luis de Lión) de las ficciones, buscando a la vez trazar conexiones internas entre las relecturas que se realizan en ellos.

El ensayo de Arturo Arias, además de ser una apasionada defensa del valor continuo de las ficciones de los 1960 y 1970, provee un marco cultural desde el que estas se leen en el presente. Arias se fija en particular en dos procesos, ambos relacionados con la transformación neoliberal y la globalización de la economía: por un lado, la inserción de la industria del libro en las prácticas y políticas globales, con la consiguiente adaptación al modelo de consumo textual, en gran medida incompatible con las discursividades forjadas en los sesenta y setenta; por el otro, la pérdida de la función hegemónica que la literatura y el intelectual letrado han desempeñado históricamente en América Latina durante el siglo diecinueve y una buena parte del veinte.

Leonel Delgado Aburto propone releer *Trágame tierra* de Lizandro Chávez Alfaro (Nicaragua, 1969) desde una perspectiva que problematiza las interpretaciones establecidas de esta novela como un texto sobre la guerrilla y una narrativa de *lo nacional*, cuyos planteamientos quedarían saturados y agotados con el triunfo de la revolución sandinista o neutralizados por una visión peyorativa de la historia visible entre algunos intelectuales contemporáneos. Delgado Aburto observa un cambio o desborde de sensibilidad estética y política que apunta a una excentricidad territorial e histórica (la inscripción del Caribe) a través de la que la novela lucha por la inclusión de lo reprimido en la historia nacional: la memoria doblemente colonial del territorio de La Mosquitia, la ubicación ambigua (transnacional, oral, colonial) de su propia memoria interna, la localización transcultural de los personajes y el archivo plural (documento

histórico, novela de tradición [neo]barroca y neoregionalista) al que alude como marco de referencia estético.

Los ensayos de Alicia Miklos y Tania Pleitez comparten un enfoque comparativo que acerca las novelas de los sesenta y setenta a la producción literaria actual. Miklos revisita *Cenizas de Izalco* (El Salvador, 1966) analizando las estrategias textuales –el recurso del diario íntimo– y temáticas que abordan las prácticas sexuales y las expectativas sociales normativas para proponer que la novela reivindica lo erótico como un espacio utópico de realización personal e íntima de la mujer. Al comparar las estrategias empleadas por Alegría con las que maneja la escritora hondureña Lety Elvir, Miklos no solo señala una continuidad discursiva, sino que apunta a la actualidad de la reflexión sobre la construcción normativa de masculinidad y femineidad, iniciada por Alegría. A su vez, Pleitez propone un estudio comparativo de dos textos guatemaltecos sobre el inframundo: la novela *El tiempo principia en Xibalbá* de Luis de Lión (escrita entre 1970-1972; publicada en 1985) y el poemario *Canto palabra de una pareja de muertos* (2007 y 2009) del autor k'iche' Leoncio Pablo García que pueden leerse como dos elaboraciones simbólicas, fuertemente marcadas por el contexto histórico y cultural, acerca de la colectividad indígena guatemalteca. El primero configura un Xibalbá donde reina la violencia, la muerte existencial y una cultura fragmentada y paralizada, efectos de una Guatemala ladinizada y racista, mientras que el segundo es un canto de vida desde las entrañas mismas de Xibalbá, que llama a hacer de nuevo la aldea, pero no la aldea impuesta, sino la soñada desde adentro.

La actualidad en el presente de las preocupaciones formuladas en una novela de 1966 que Miklos observa en su ensayo, es también el tema del estudio de Hólmfríður Garðarsdóttir sobre las ficciones de Quince Duncan, publicadas entre 1970 y 1976. Basándose en cuentos y novelas del autor costarricense, Garðarsdóttir analiza la transformación étnica y cultural que el escritor inscribe en sus textos como el proceso de transmutación cultural a través del cual se crean nuevas realidades culturales. La literatura opera entonces como un medio fundamental en la lucha contra la invisibilidad y la exclusión cultural a las que conducen proyectos nacionales homogeneizadores.

Los ensayos de José Chávarry, Charlotte Gartenberg y Rafael Lemus examinan dos novelas fundamentales de los setenta: *Pobrecito poeta que era yo...* de Roque Dalton (El Salvador; escrita a partir de 1965 y publicada en 1976) y *Los compañeros* de Marco Antonio Flores (Guatemala, 1976). Chávarry regresa a las obras de Dalton y Flores para elucidar sobre las formas en que ambos autores revelan las contradicciones y fisuras del discurso revolucionario. La indagación del capital cultural de sus protagonistas y el cuestionamiento de la función del intelectual que Dalton realiza en su novela, así como la relación imposible, vacía, entre intelectual y revolución que retrata Flores, anticipan, sugiere la relectura de Chávarry, el derrumbe del papel histórico del intelectual letrado latinoamericano que se tematiza en las ficciones actuales. El ensayo de Gartenberg realiza una lectura a contrapelo de *Los compañeros*, que revela una dimensión utópica en la configuración narrativa y lingüística de la novela. Partiendo de la noción de lo abyecto elaborada por Julia Kristeva, Gartenberg lee la presencia y el recurso de lo abyecto en el lenguaje y la narración como la posibilidad de una transgresión productiva en esta novela de desilusión. También Rafael Lemus propone una relectura que explora la estética como forma de hacer política, y hacerla en el presente. Con este propósito, Lemus efectúa una lectura doble, o desde dos perspectivas, de la novela de Dalton: primera, inmanente, que la lee como una obra vinculada al paradigma político y estético de la revolución; segunda, anacrónica, desde la actual configuración neoliberal. Esta segunda lectura evidencia que la novela continúa haciendo política, ya no de modo revolucionario sino como disenso, porque su lectura ofrece una experiencia potencialmente destabilizadora que podría interrumpir la inercia de la reproducción social y contribuir a que los lectores se constituyan en nuevos sujetos políticos.

El *dossier* se cierra con el ensayo de Rafael Lara-Martínez que plantea una relectura de *Un día en la vida* de Manlio Argueta (El Salvador, 1980) desde una perspectiva psicoanalítica y de género. Soslayando la dimensión testimonial de esta novela que conduciría a la muy trabajada problemática de clase y etnicidad, Lara-Martínez examina, por un lado, la cuestión religiosa como factor dominante de la conciencia histórica campesina y, por el otro, la relación mortífera

entre la construcción culturalmente específica y dominante de la masculinidad y la violencia que se basa en la destitución del enemigo a una posición de género, juzgada socialmente inferior, la del homosexual pasivo. Como los ensayos de Miklos y Garðarsdóttir, el de Lara-Martínez también señala la actualidad de esta novela de 1980 al mostrar que las mismas categorías de pensamiento (la masculinidad heteronormativa, la degradación del otro sexual) todavía operan en el lenguaje de los salvadoreños y fundan los cimientos culturales de la identidad nacional.

El conjunto de estas relecturas y reactivaciones críticas evidencia que las ficciones de las décadas revolucionarias siguen vivas, “permanecen presentes en el futuro” (Groys s.p.), porque de alguna manera lo anticiparon y ahora, desde su radical “otredad” pueden alterar nuestra mirada sobre el presente.

## **Bibliografía**

Acevedo, Ramón Luis. *La novela centroamericana. Desde el Popol-Vuh hasta los umbrales de la novela actual*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial Universitaria, 1982.

Acevedo, Ramón Luis. “Orígenes de la nueva novela centroamericana (1968-1980)”. *La Torre*. Nueva Época 29 (1994): 115-148.

Arias, Arturo. “Nueva narrativa centroamericana”. *Centroamericana* 1 (1990): 9-23.

Arias, Arturo. *Gestos ceremoniales. Narrativa centroamericana 1960-1990*. Ciudad de Guatemala: Artemis-Edinter, 1998.

Beverley, John, y Marc Zimmerman. *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Austin: University of Texas Press, 1990.

Bosteels, Bruno. *Marx and Freud in Latin America: Politics, Psychoanalysis, and Religion in Times of Terror*. Nueva York: Verso, 2012.

Craft, Linda J. *Novels of Testimony and Resistance from Central America*. Gainesville: University Press of Florida, 1997.

Cuevas, Rafael. *Traspatio florecido. Tendencias de la dinámica de la cultura en Centroamérica (1979-1990)*. Heredia, Costa Rica: EUNA, 1995.

Delgado Aburto, Leonel. *Márgenes recorridos. Apuntes sobre procesos culturales y literatura nicaragüense del siglo XX*. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, 2002.

Foster, Ricardo. *El laberinto de las voces argentinas*. Buenos Aires: Colihue, 2008.

Franco, Jean. *The Decline and Fall of the Lettered City. Latin America in the Cold War*. Cambridge: Harvard University Press, 2002.

Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil: Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012.

Graff Zivin, Erin. "Introduction: Reading Otherwise". *The Ethics of Latin American Literary Criticism. Reading Otherwise*. Ed. Erin Graff Zivin. New York: Palgrave Macmillan, 2007. 1-7.

Groys, Boris. "Art Workers: Between Utopia and the Archive". *e-flux* 45 (mayo 2013): s.p. <<http://www.e-flux.com/journal/art-workers-between-utopia-and-the-archive/>> (30 de junio de 2013).

Huezo Mixco, Miguel. *La casa en llamas. La cultura salvadoreña a finales del siglo XX*. San Salvador: Ediciones Arcoiris, 1996.

Kelly, Kathryn Eileen. "La nueva novela centroamericana". Tesis doctoral. Irvine: University of California, 1991.

Lara Martínez, Rafael. *La tormenta entre las manos. Ensayos sobre literatura salvadoreña*. San Salvador: Dirección de Publicación e Impresos, 1999.

Le Goff, Jean-Pierre. *Mai 68, l'héritage impossible*. París: La Découverte, 1998.

Leyva Carías, Héctor M. "La novela de la revolución centroamericana (1960-1990). (Narrativa de los procesos revolucionarios centroamericanos 1960-1990)." Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1995.

Liano, Dante. *Visión crítica de la literatura guatemalteca*. Ciudad de Guatemala: Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos de Guatemala, 1997.

Mackenbach, Werner. "Después de los pos-ismos: ¿desde qué categorías pensamos las literaturas centroamericanas contemporáneas?". *Intersecciones y transgresiones: Propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – I*. Ed. Werner Mackenbach. Ciudad de Guatemala: F&G, 2008. 279-307.

Mackenbach, Werner. "Entre política, historia y ficción. Tendencias en la narrativa centroamericana a finales del siglo XX". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 15 (julio-diciembre 2007).

<<http://istmo.denison.edu/n15/articulos/mackenbach.html>>.

Mondragón, Amelia, eda. *Cambios estéticos y nuevos proyectos culturales en Centroamérica*. Washington, D.C.: Literal Books, 1993.

Núñez Handal, Vanessa. *Dios tenía miedo*. Ciudad de Guatemala, Guatemala: F&G, 2011.

Ortiz Wallner, Alexandra. *El arte de ficcionar: la novela contemporánea en Centroamérica*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2012.

Rama, Ángel. *La novela latinoamericana 1920-1980*. [Bogotá, Colombia]: Procultura, Instituto Colombiano de Cultura, 1982.

Rancière, Jacques. *El tiempo de la igualdad. Diálogos sobre política y estética*. Trad. y ed. Javier Bassas Vila. Barcelona: Herder, 2011.

Rancière, Jacques. "Dix thèses sur la politique". *Aux bords du politique*. Paris: Gallimard, 2012. 221-254.

Rodríguez, Ana Patricia. *Dividing the Isthmus: Central American Transnational Histories, Literatures, and Cultures*. Austin: University of Texas Press, 2009.

Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2005.

Suleiman, Susan Rubin. *Authoritarian Fictions: The Ideological Novel as a Literary Genre*. Nueva York: Columbia University Press, 1983.

Torres-Rivas, Edelberto. *Crisis del poder en Centroamérica*. San José, Costa Rica: EDUCA, 1981.

Torres-Rivas, Edelberto. *Revoluciones sin cambios revolucionarios*. Ciudad de Guatemala, Guatemala: F&G, 2011.

Vargas Vargas, José Ángel. "Superación del regionalismo y conciencia escritural en la novela centroamericana contemporánea". *Inter Sedes* 4 (junio 2003): 109-124.

Zavala, Magda. "La nueva novela centroamericana. Estudio de las tendencias más relevantes del género a la luz de diez novelas del periodo 1970-1985". Tesis doctoral. Lovaina: Université Catholique de Louvain, Bélgica, 1990.

Žižek, Slavoj. "Carl Schmitt in the Age of Post-Politics". *The Challenge of Carl Schmitt*. Ed. Chantal Mouffe. London: Verso, 1999. 18-37.

Žižek, Slavoj. *The Ticklish Subject: The Absent Center of Political Ontology*. London: Verso, 1999.